

Cuando los demás hombres se van, Aguilera pregunta a Leo en voz baja y casi solemne:

—¿Sabe ya su hermano que le han lastimado tan feo el caballo?

Y Leo, alzándose de hombros, le responde entre burlón y despectivo:

—¿Mario?... ¡qué sé yo!... ¡Para lo que le importa ahora!... Debe estar por ahí, rasqueteando a «La Chuña».

Y después que se queda solo, el niño se acerca de nuevo al caballo herido y le dice, a tiempo que le acaricia suavemente el hocico:

—¡Roano!... ¡Pobrecito Roano!...

Acaba de amanecer y un copioso aguacero ha refrescado dulcemente la atmósfera. Se advierte un grato perfume de tierra mojada y los rastros de la lluvia aun brillan en las hojas de los árboles, en los alambres de los cercos y en la concavidad de los pliegues de los cueros vacunos estaqueados ante el galpón, cuya puerta abierta recorta en la claridad matinal y sobre el muro blanquísimo su gran cuadrado de sombra.

Como la mitad de la población de «La Estancia» aun reposa y la otra mitad se ha ido ya al campo, todo está silencioso y todo estaría desierto si Mario no continuase allí sentado sobre una de las húmedas varas de aquel viejo carro de dos ruedas que poco a poco destruye la intemperie tan cerca del galpón.

¡Pobre Mario! Con la cabellera despeinada, la cara entre las manos y los ojos sin luz, se diría la imagen viva de la desolación más absoluta. Y a fe que tiene motivos para estar así: Ya se fué ella; ya se fué la ingrata, dejándolo sin la más miserable limosna de esperanza y tan vacua el alma de toda energía que quizá nunca más ya podrá levantarse de aquella vara del carro sobre la que cayó derrumbado. ¡Ah! Es tan atroz su infortunio que a ratos aun le parecería un sueño, si la brutal realidad no estuviera allí patente en las profundas huellas marcadas sobre la tierra húmeda del estaqueadero, por las ruedas del *breack* que salió del galpón, por ahí, por esa puerta oscura y siniestra para llevarse para siempre...

«¡Ah!... ¡Miseria de haber nacido!... ¡Oh!... ¡Miseria de ser tan joven!...».

—«Después de todo usted es muy joven para mí, Mario...».

¡Ah, ah!... ¡La falsa!... ¡La hipócrita!... «¡Tan joven!...» Y sólo le lleva quince días de diferencia la mocosa tan llena de pretensiones! ¡Caramba! ¿Será preciso que uno sea un viejo asqueroso para que las mujeres le hagan cas? En todas las novelas, en mil novelas, se habla de duques y de condes que se casan a los quince años. ¡Y tan sólo uno ha de ser la excepción desdichada!... ¿Y ahora qué hará? ¿Cómo podrá, sin morir-se, llegar hasta la noche y hasta mañana y hasta pasado y después y después? ¿Cómo podrá volver a comer y a dormir y a contemplar la entrada del sol y la salida de la luna? ¿Cómo podrá, sin que le estalle el co-

razón, mirar todas esas cosas que eran como de ella y que sin ella no tienen objeto ya?

Y Mario, con la garganta oprimida por la angustia, va a enjugarse, con la manga de su blusa, dos nuevos y silenciosos lagrimones que han vuelto a verter sus ojos, cuando un rumor inmediato de pasos de caballo le hace levantar primero el rostro y exclamar en seguida con extrañeza:

—Oh, roano!...

Y es que su caballo, su pobre caballo herido, que ha olvidado por completo en sus angustias, acaba de salir del galpón y viene hacia él, caminando lentamente y de un modo raro, como si tuviese las patas envaradas.

—¡Oh, roano!...

Repite Mario con dolorida ternura, e incorporándose va a acercarse al animal que se ha detenido y que le mira con una mansa expresión de tristeza en sus ojos claros; cuando advierte de pronto que éste se mueve un paso, como para torcer el rumbo que traía, que sus patas temblorosas se envaran más y más y que por último, tras una leve oscilación de dos segundos, se desploma de costado y rígido, haciendo retemblar el suelo.

...Y Mario, al llorar desconsoladamente sobre los tristes despojos de su primera ilusión de amor y de su primer caballo, no advierte que yace allí, a sus pies también, otro despojo quizá más digno de ser llorado: El cadáver de su niñez a la que acaba de matar su adolescencia.

(La Nación, Buenos Aires).

Paquito

Cubierto de jiras,
al ábrego hirsutas
al par que las mechas
crecidas y rubias,
el pobre chiquillo
se postra en la tumba;
y en voz de sollozos
revienta y murmura:
«Mamá, soy Paquito;
no haré travesuras.»

Y un cielo impasible
despliega su curva.

«¡Qué bien que me acuerdo!

La tarde de lluvia;
las velas grandotas
que olían a curas;
y tú en aquel catre
tan tiesa, tan muda,
tan fría, tan seria
y así tan *rechula!*
Mamá, soy Paquito;
no haré travesuras.»

Y un cielo impasible
despliega su curva.

«Buscando comida
revuelvo basura.

Si pido limosna,
la gente me insulta,
me agarra la oreja,
me dice granuja,
y escapo con miedo
de que haya denuncia.
Mamá, soy Paquito;
no haré travesuras.»

Y un cielo impasible
despliega su curva.

«Los otros muchachos
se ríen, se burlan,
se meten conmigo,
y a poco me acusan
de pleito al gendarme
que viene a la bulla;
y todo, porque ando,
con tiras ya sucias.
Mamá, soy Paquito;
no haré travesuras.»

Y un cielo impasible
despliega su curva.

«Me acuesto en rincones
solito y a oscuras.
De noche, ya sabes,
los ruidos me asustan.
Los perros divisan
espantos y aullan.
Las ratas me muerden,
las piedras me punzan...
Mamá, soy Paquito;
no haré travesuras.»

Y un cielo impasible
despliega su curva.

«Papá no me quiere.
Está donde juzga
y riñe a los hombres
que tienen la culpa.
Si voy a buscarlo,
él bota la pluma,
se pone muy bravo
me ofrece una tunda.
Mamá, soy Paquito;
no haré travesuras.»

Y un cielo impasible
despliega su curva.

SALVADOR DÍAZ MIRÓN

(Lascas).

